

Prólogo

JUSTO SERNA

La figura de Juan Carlos I ocupa un lugar destacado en la historia contemporánea de España. Durante décadas, su nombre ha sido y sigue siendo inseparable del relato fundacional de la democracia.

Y ello hasta convertirse en uno de los pilares simbólicos sobre los que se sostuvo la legitimación del régimen nacido de la Transición.

Ese relato, difundido con convicción desde los años ochenta, lo consagró como el artífice principal del paso de la dictadura a un sistema de libertades. Así, habría sido el monarca que supo leer los tiempos, arriesgar su trono y conducir al país por la senda del pluralismo político. Pocas figuras públicas han gozado en su mejor momento de un consenso tan amplio y tan duradero.

Sin embargo, todo mito tiene consecuencias indeseables: entre otras, un coste historiográfico. Allí en donde el mito se instala, el análisis tiende a replegarse; allí en donde la admiración se convierte en rutina obligatoria, la crítica se desdibuja o parece fuera de lugar.

Durante mucho tiempo, la historiografía española —con notables excepciones— se movió con cautela en torno al papel de Juan Carlos I. ¿Acaso por falta de preguntas? No, en realidad, el propio marco narrativo dominante fijaba de antemano muchas respuestas. Se partía de una premisa tácita: el rey había sido un demócrata desde el principio; el resto consistía en describir cómo había logrado llevar a cabo su visión. O misión.

El libro de Juan Cerdán se sitúa resueltamente fuera de ese marco. ¿Acaso porque pretenda sustituir un mito por otro? En absoluto. Cerdán asume, con la prudencia requerida al historiador, que el primer deber de quien investiga es desnaturalizar lo que parece evidente, lo que nos resulta excesivamente familiar.

Preguntarse hoy por la figura de Juan Carlos I no significa juzgar, salvar o condenar retrospectivamente a estas o a aquellas personas. Significa hacer inteligibles los procesos en que dichos individuo estuvieron envueltos. Este libro no dicta sentencias morales: reconstruye, por el contrario, las condiciones históricas que hicieron

posible una trayectoria y, sobre todo, el modo en que esa trayectoria fue narrada, amplificada y convertida en memoria colectiva.

Juan Cerdán evita la lectura mítica del pasado reciente. Con ello, el libro abandona toda tentación hagiográfica para centrarse en el análisis del personaje y en el estudio de su fabricación. Juan Carlos I aparece aquí no como una esencia predeterminada. El autor muestra la legitimación del rey para inmediatamente desvestirlo. ¿Qué es lo que la hace un personaje?

Se convierte en tal por el cruce de distintos factores: las relaciones de poder, los contextos políticos, los equilibrios internacionales y determinadas estrategias narrativas. En definitiva, el autor trata de captar y explicar cómo se fabrica un mito político.

Desde esta perspectiva, el libro dialoga con una tradición historiográfica cada vez más atenta a los procesos de mitificación. La Transición española fue tanto un proceso político como una operación narrativa: una pedagogía de la concordia que también seleccionó memorias, silenció conflictos y fijó héroes.

Captar cómo se elaboró el relato canónico sobre Juan Carlos I equivale, pues, a descubrir cómo se consolidó un determinado modelo de memoria democrática. Frente a la narración lineal y retrospectiva, el autor reconstruye un escenario abierto, lleno de incertidumbres y contradicciones.

En ese tablero incierto, Juan Carlos no aparece como un reformista precoz, sino como un heredero del franquismo que aprende, duda y se adapta.

Designado sucesor por Franco en el marco de un proyecto de continuidad autoritaria, su educación política y su juramento a los Principios del Movimiento lo alejaban de cualquier ideal liberal. Recordar esto no niega su papel posterior, sino que lo coloca en su justa escala: un actor condicionado por su tiempo, no un titán que lo trasciende.

De ahí surge una segunda línea interpretativa: la crítica a la personalización excesiva de la Transición. Durante décadas, el relato público insistió en explicar la democratización como una obra impulsada desde la cúspide, con el rey como motor principal. Cerdán invierte esa mirada para recuperar el protagonismo de la sociedad: las huelgas, los movimientos vecinales, la oposición política, la transformación cultural del país.

La democracia no fue una dádiva. Fue una conquista laboriosa, negociada y, en más de un sentido, fruto del empuje colectivo. Este cambio de perspectiva tiene consecuencias profundas. La monarquía parlamentaria no surge como un regalo, sino como una forma de adaptación.

El rey no diseña ni controla cada paso del proceso, pero entiende que la supervivencia de la institución exige acompañar el rumbo. En esta lectura, la Transición se

revela como una obra coral, conflictiva, tejida entre actores múltiples y bajo presión de estructuras y coyunturas.

Un tercer eje de la obra —tan riguroso como sugerente— es la dimensión internacional. La Transición no se desarrolla en un vacío. Estados Unidos, más interesado en la estabilidad del flanco sur de la OTAN que en las prioridades democráticas, desempeñó un papel discreto pero esencial. La documentación diplomática y el testimonio del embajador Wells Stabler permiten situar a España dentro de las coordenadas políticas de la Guerra Fría. Este encuadre no resta autonomía a los actores españoles, pero muestra con precisión los límites y apoyos de su juego.

A ello se suma el análisis de la construcción mediática del mito. La mitificación de Juan Carlos I no nació sola: fue cultivada. Prensa, testimonios, memorias y, sobre todo, productos audiovisuales —como la serie *La Transición*— contribuyeron a fijar su figura para toda una generación: la imagen del rey salvador. En ese relato, la legitimidad de origen (su designación por Franco) se transfiguró en legitimidad de ejercicio: el 23 de febrero de 1981 se contempla como el gran acto fundacional de su reinado democrático. Cerdán lo examina con mesura, lejos tanto del elogio ciego como del revisionismo conspirativo. La figura que emerge es humana, compleja, con luces y sombras: un actor político que improvisa tanto como calcula.

La última parte del libro, dedicada a *Reconciliación* (2025), las memorias del propio Juan Carlos, cierra el círculo con maestría y habilidad. Cerdán las lee y las examina como un intento de reapropiación del relato, más justificativo que autocrítico. En esa lectura late una idea poderosa: los protagonistas de la historia no solo la viven, también la narran. Y, en ese relato, siguen librando sus batallas.

Como director de la tesis de la que procede este libro, he podido seguir decerca el proceso de investigación que lo sustenta. He visto cómo una curiosidad inicial se transformaba en una vocación madura y exigente, guiada por una pasión auténtica por la historia.

Juan Cerdán escribe —y esto conviene decirlo desde el principio— porque ama la historia, la cultura y el conocimiento del mundo. No se trata de una pasión tardía, sino de un impulso sostenido en el tiempo, alimentado por lecturas, por la observación y por una curiosidad intelectualmente honesta.

Cuando decidió cursar el doctorado, no lo hizo movido por la prisa ni por el cálculo profesional, sino desde una convicción poco frecuente: la de que el estudio riguroso es una forma de estar, de conducirse y de pensar en el mundo. Llegó a la investigación académica ya en la madurez, con una vida amplia y exigente a sus espaldas, marcada también por momentos difíciles que afrontó con una discreción y una serenidad admirables. Quizá por eso su trabajo tiene una profundidad poco

común: está escrito desde la vida, pero sin convertir la vida en argumento. Está escrito desde la distancia, pero sin perder el compromiso.

Nuestra relación académica comenzó de modo anecdótico. Juan asistió a un curso para mayores de la Universitat de València que yo impartía sobre política y violencia en la Europa del siglo xx. Pronto resultó evidente que no se trataba de un oyente más. Fue, con diferencia, quien mejor supo escuchar, quien más afinadamente preguntó y quien con mayor rapidez transformó los contenidos del curso en problemas históricos concretos. Allí donde otros tomaban notas o simplemente asistían, él ya estaba esbozando hipótesis y buscando sentido. De todos los que asistieron, Cerdán fue con diferencia quien mayores provechos obtuvo de aquellas sesiones. Tenía un bagaje bien nutrido.

Su apetito de historiador —no encuentro palabra más justa— ha sabido convertir cada referencia bibliográfica en una pista, cada discusión en una oportunidad de trabajo. Su curiosidad es metódica, pero también entusiasta. En Juan Cerdán no hay una recepción pasiva, sino el ejercicio activo de la investigación.

Tuve la suerte de dirigir sus primeros trabajos y, sobre todo, de conversar largamente con él sobre sus dudas, sus hallazgos y sus ambiciones intelectuales. No eran conversaciones de trámite, sino diálogos verdaderos, de esos que obligan también al director a matizar convicciones y a mirar de nuevo lo sabido o lo que creemos sabido.

Desde el principio ha demostrado algo que no se enseña: un instinto natural para las fuentes. Sabe dónde buscar, cómo rastrear documentos, cómo orientarse en el laberinto bibliográfico, archivístico, audiovisual, etcétera, sin perder el hilo de la pregunta. Tiene una intuición fina para distinguir lo esencial de lo accesorio, y una paciencia poco común para sostener la investigación en el tiempo. Esa combinación de rigor, constancia y mirada crítica explica buena parte de la solidez empírica de estelibro.

He seguido con legítimo orgullo su desarrollo como investigador y su conversión gradual en un especialista en la Transición española. No fue una metamorfosis repentina, sino un proceso trabajado con disciplina, sin estridencias ni pose. Si algo define este recorrido es la coherencia: Cerdán no se acerca a la historia para ajustar cuentas ni para buscar notoriedad, sino por el deseo sincero de comprender mejor la acción humana.

Que hoy me pida prologar este libro es, para mí, un honor: me permite acompañar, con palabras de reconocimiento, un camino que comenzó casi por casualidad y que se ha convertido en una trayectoria rigurosa, honesta y fecunda. Este prólogo, más que un gesto académico, es el testimonio afectuoso de un aprendizaje compartido, mutuo.

Por ello ya advierto al lector: este libro no ofrece certezas cómodas. Ofrece preguntas mejor formuladas. Invita a repensar no solo a Juan Carlos I, sino también la manera en que se construyen los relatos de legitimación en las transiciones políticas. En ese sentido, su interés trasciende el caso español y dialoga con debates más amplios sobre memoria, mito, poder y democracia.

Este libro no pretende cerrar el debate sobre Juan Carlos I. Al contrario. Aspira a reabrirlo en términos más rigurosos. Ese es, en última instancia, el mayor elogio que puede hacerse a un trabajo histórico.

Valencia, 11 de febrero de 2026